

nobleza, antigüedad y limpieza, más acción á ocuparlos, y aunque de esta parte os pudiera traer muchas consecuencias, basta la que tenemos entre manos, que no me podéis negar que la nación española de todas es la más aborrecida y odiosa, no pienso que ignoréis la causa, pero de nuevo quiero referirla.

.....

VII

Ocupado debía estar todavía en la composición y lima de su apólogo el Conde de Lemos, cuando recibió la visita de D. Juan de Espinosa, que se presentó en Monforte, fiando su acogida en una carta de Don Luis de Góngora. Tiempo había que el poeta cordobés no se comunicaba por escrito con sus Mecenas, y aprovechó la partida de Espinosa para solventar su deuda.

La carta decía así:

«Exmo. Sr.:

»He hallado mensajero de mi carta, i abogado de
»mi culpa, que por tal juzgo la omision que he tenido
»en besar a U. Ex. la mano por escrito. I assi me
»atrevo ahora a romper el silencio, o por mejor decir,
»el encogimiento, suplicando a U. Ex. quando
»no me perdone, no me castigue en su gracia, negándome
»el nombre de Capellan, i criado U. E. de que
»yo tanto me honro. Sírvase U. E. de mandarme,
»como es justo para que no esté ociosa una voluntad

»tan rendida. Guardé Dios a U. E. largos i felices
»años con el acrecentamiento de Estados, que a sus
»Capellanes nos importa. Madrid i Octubre 2. de
»1620. años.—Exmo. Sr.—Besa los pies de U. Exm.—
»DON LUIS DE GÓNGORA.»

El Conde le contestó desde la Paradela en los siguientes términos:

«En qualquier tiempo que lleguen sus Cartas de
»U. M. a esta casa, han de ser bien recibidas; porque
»se que le nace del corazón la afición que tiene á las
»cosas délla, i que el dejar de escribir a los amigos
»no induce olvido, mayormente en quien tiene su intencion
»tan bien probada, como U. M. Todo lo demás que á este
»propósito pudiera decir, remito á D. Juan de Espinosa,
»que ha hallado, poco ó nada, en que ejercitar el oficio que
»U. M. le encargó de su Abogado, i mucho en que echar de ver el deseo, que
»por acá ai de acudir a cuanto se ofreciere del servicio de
»U. M. como lo haré Yo a todos tiempos. Guarde Dios, etc.
»Paradela, 25. de Octubre 1620.»

Tan afectuosa epístola movió á Góngora el deseo de hacer una visita al Conde en su villa de Monforte, y allá se dirigió en la Primavera del año 1621. El recuerdo de su permanencia al lado del ilustre magnate, fué consignado por el poeta en este soneto:

«Llegué á este Monte-fuerte coronado
De torres convecinas á los cielos,
Cuna siempre Real de tus abuelos

Del Reino escudo y silla de tu Estado.

El templo ví á Minerva dedicado,
De cuyos geométricos modelos,
Si todo lo moderno tiene zelos
Tuviera envidia todo lo pasado.

Sacra erección del Príncipe glorioso
Que ya de mejor púrpura vestido
Rayos ciñe de luz, estrellas pisa.

Oh! cuánto deste monte imperioso
Descubro! Un mundo veo! Poco ha sido,
Que seis orbes se ven en tu divisa.»

VIII

Más de un año hacía que el buen Conde no recibía noticia alguna de sus doctos amigos de Aragón, cuando en voluminoso pliego llegó á sus manos una carta del Rector de Villahermosa, y con ella, sometiéndola á la censura y aprobación del ilustre prócer, una elegante cuanto interesantísima epístola en tercetos, que aquél dirigía á D. Fernando de Borja, y en la cual, bajo el disfraz del retirado del *gabancillo verde*, se describía la vida tranquila y feliz del Conde, lejos del bullicio cortesano, y se apuntaban discretamente las causas de su extrañamiento, tomándolas tal vez de cartas escritas por el Conde mismo, cuando él las calificó de *traslado muy puntual de la verdad*.

La *Epístola* es una de las mejores de Bartolomé Leonardo, tal vez porque el asunto prestaba amplísi-

mo campo á la inspiración filosófica del grave poeta.
Desde luego se anuncia interesando.

Para ver acosar toros valientes
(fiesta africana un tiempo i después goda
que hoy les irrita las soberbias frentes).

Corre agora la gente al coso, i toda
ó sube á las ventanas i balcones
ó abaxo en rudas tablas se acomoda.

Así miraron Étnicas Naciones
miseros reos en Theatro impío
expuestos al furor de sus Leones.

Que tanto importa ver, Fernando mío,
de nuestra plebe un número liviano
que entra á pie con un toro en desafío:

Que ardiendo en la Canícula el Verano,
ni Edad, ni Sexo en todo el pueblo habita;
que falte al espectáculo inhumano?

Yo no concurriré por mi exquisita
austeridad, aunque el benigno indulto
ver fatigar las fieras me permita.

Y así te escribo, mientras que el tumulto
vulgar nuestro cuartel desembaraza
i en grata soledad me dexa oculto.

Escrito en nuestros días podrá parecer este relato á algunos lectores. Pasa después el Rector á explicar al de Montesa las causas que le mueven á no seguir el consejo que le daban de volver á la Corte,

Donde premia los méritos España;

y poniendo en contraste los excesos cortesanos con la sencillez de la vida campestre, se resuelve á pintar la

Soledad voluntaria de un amigo

que se ajustaba con el modelo,

Del cuerdo labrador que pinta Horacio,

y que no era otro que nuestro Conde de Lemos en su señorío de Monforte.

Censura y aprobación del contenido de esta preciosa epístola, envió el labrador á Bartolomé Leonardo, en fecha 9 de Agosto de 1621, en la siguiente carta:

IX

«Válgame Dios, Rector de Villapulcra, y qué profundo ha sido nuestro sueño! De aquí saco por cuenta cierta que Vm. y yo, que no somos más que yo y Vm., que quiere decir dos, hemos parecido siete de un año á esta parte. Ya ve dónde voy á parar con mi erudición; pues yo le perdono el silencio pasado, si todo este tiempo se ocupó en lamer el parto de los desiguales: y como quiera que sea le perdono su silencio por lo bien que habla en sus Tercetos. Elegantísima cosa, mi Rector, y un traslado muy puntual de la verdad. Dæmonium habes, y sino quis tibi dixit que tenemos en Monforte dos raleas de pan, uno que mira á la familia, y otro que miramos yo y mis comensales con mucho gusto, porque es muy blanco y muy sabroso, obra de un ingenio ó artificio

Portugués, que llaman ruedas alvares, traídas por arte mía, que es como decir arte del diablo, por el estrecho de Magallanes, Danian y todos los demás estrechos que encierran en sí, y con abreviatura, mire qual será un paso que ha por nombre la cuesta de Velesar. Diferente es el paso de su capítulo, que dice así:

Quién sufrirá el silencio de una aldea desde que el sol su plebe agreste envía á sudar en los campos la tarea?

Queda entonces tan sorda y tan vacía, que ni una voz (y á veces ni un ruido) suena en las horas útiles del día.

¡Qué plebe agreste, qué sudar la tarea, qué horas útiles! Mal haya quien tal dixo, porque no lo dixe yo, ya se entiene que es de las maldiciones que amagan y no dan. Llenísimos vienen estos versos, no ha hecho mejor cosa en su vida, sólo me dá un tantirrico de fastidio aquella palabra, ni un ruido. Porque esta palabra está ya tomada en sentido de dependencia, y él la toma en su primitivo significado que es sonido. Dirame que también se dice hacer ruido. Respondo que como lo uno y lo otro nace del uso, no podemos desquiciarlo, y convinar de nuevo las voces; y si todavía tiene gana de porfiar y defenderse, podrá decir que no trueca estos frenos, ni hace más que restituir in pristinum ó al propio la palabra que anda desfigurada por tiranía del uso; y así tomó la pala-

bra ruido en su primitivo significado, esto es, para significar sonido, de lo que hay muchos exemplos en los Poetas Castellanos: y D. Diego de Mendoza dixo:

Que yo callo aunque importuno,
huyendo de dar escusa;
porque quien la da, se acusa
si no se la pide alguno.

He allí importuno, que significa, porque sic voluit usus, hombre prolixo, aunque en su propiedad quiere decir fuera de tiempo, y D. Diego le restituye á este sentido, que es el propio y primitivo.

No sé si he dicho algo, ó me he quebrado la cabeza. Si vis enmendari, volo; ego te baptizo; y digo así:

Queda entonces tan sorda y tan vacía
que ni voz, ni otro objeto del sentido.

Y si no para evitar la afectación ó vulgaridad filosófica:

Que ni una voz, ni aun el menor ruido
suenan en las horas útiles del día.

Que aunque se quita así aquella palabrita y á veces, no hace falta, y antes queda más encarrecido el silencio de una aldea. Dixi: y pásome al Turco.

Vm. presupone que me ha enviado ya dos veces la dedicatoria de Don Juan Witrian y sus intentos, y yo lo creo así, porque es muy honrado presbítero de Cartago, ó Cesaraugusta, que para mí que vivo en Monforte es todo uno; y digo verdad que hasta ahora no había llegado á mis manos nada de esto. Vm. acete la honra que me hace su amigo, y le dé infinitas gracias de mi parte, ofreciendo no sólo estimación de su buen ánimo, pero toda la gratitud que se le debe: tanto más habiéndome escogido por compañero con exclusión de otros, y tales, en esa traducción. Espérola ya con particular alborozo. Vm. le anime y pida en nombre de entrambos que la dé presto á la estampa; que aquí y donde quiera que me hallare, me honraré siempre mucho de verme impreso por mano de un hombre tan docto y tan insigne.

Vuélvome á la descripción del cortesano, y sepa que he gustado mucho del gavancillo verde: lindamente lo dice todo, y muestra como se han de juntar con gentileza virtudes contrarias en un sugeto. Digo que me agrada, no hay que decir. Del resto no se diga: inopem me copia fecit: y nuestro amigo el Virrey puede adivinar harto, pues ha tantos días que traemos conformes dos corazones. Por horas, aguardo que mi madre me avise de Madrid; pero yo le prometo que estoy tan á mi placer, que nunca me parece que tarda este aviso. O gran felicidad! Si non possis quod vis, vellis quod possis. Lindos ratos me paso con los libros, y encomendarme á Dios. Todo

es risa, mihi crede, nisi vivere jocunde; etc., severe mori. Guarde Dios á Vm. como deseo.

Monforte 9 de Agosto de 1621.

A Gabriel mis encomiendas, y déle Dios lo que merece.

EL CONDE DE LEMOS Y DE ANDRADE.»

X

Según vemos en el contenido de esta carta, esperaba el de Lemos el poder correr á Madrid al lado de su madre. Quizá le inspiraba aquella confianza la variación ocurrida en el Gobierno al subir al trono Felipe IV. Tal vez no esperaba el rápido encumbramiento del nuevo favorito; ó creía que éste su antiguo compañero en el cuarto del Príncipe, haría justicia á las nobles cualidades de su carácter. Mucho se equivocaba. Conocía muy poco, á pesar de haber vivido siempre en la corte, los estrechos horizontes de la envidia palaciega.

Enfermó de gravedad, en Tordesillas, el desterrado Duque de Lerma. Para asistirle acudió allí su sobrino. Apenas convaleciente el enfermo, recibió aquél orden para que sin pasar á Madrid se tornase á Monforte.

En Agosto del siguiente año de 1622 fué atacada á su vez de gravísima dolencia, que muy luego la condujo al sepulcro, la anciana madre del Conde. Solicitó y obtuvo licencia del Rey para que su hijo pudiera venir á su lado; y acudiendo presuroso tuvo el

Conde de Lemos el consuelo de cerrar los ojos á su cariñosa madre.

A los dos meses no cumplidos murió el Conde, á 19 de Octubre de 1622. Hubo sospechas de que la muerte no había sido natural. A dar peso á esta conjetura concurre el billete que Lope de Vega escribió por aquellos días á su gran amigo el Duque de Sessa, y que se conserva autógrafo en la colección de sus cartas (1). Cada una de las frases del billete merece estudio y especial meditación:

«Duque mi Señor, yo no sabía nada del CONDE, »que Dios tiene; y prometo á V. E. que me ha dado »tal pesadumbre qual en mi vida la he tenido: por »ahora haze un año que sucedió la primera desgracia: para la que es tan grande no hay consuelo, y »más habiendo caydo en ombre tan bien quisto; mucho hay que hablar, y que no es para papel: yo »aguardo á V. E.; á quien me guarde Dios como yo »he menester.

»LOPE.»

XI

Ante tamaña desgracia lloraron todos en la Corte de España; los menos, públicamente; los más, en secreto y con terror.

Contaba el Conde de Lemos cuarenta y seis años

(1) Archivo de la casa de Altamira.—*Cartas de Lope*, tomo XI, número 106 de las contenidas en él.

de edad cuando le alcanzó la muerte. De su matrimonio no había tenido sucesión.

Sobre lo que sucedió en su fallecimiento, dejemos hablar á un docto escritor (1):

«Su entierro fué suntuoso. Acompañaron al cadáver desde la casa mortuoria al Convento de las Descalzas Reales, donde se le depositó, las Comunidades religiosas con hachetas encendidas; los señores y grandes, vestidos de luto; cincuenta pobres y todos los criados de la casa. Iba descubiertó, vestido de blanco, manto Capítular de Alcántara, cuello abierto y espada dorada, en hombros de los caballeros de su Orden. Presidían el fúnebre cortejo el Conde de Castro, D. Francisco, hermano y sucesor del difunto, el Conde de Benavente, y D. Duarte de Portugal.»

XII

Fué D. Pedro Fernández Ruiz de Castro y Osorio, Conde de Lemos, de Andrade y Villalba, Marqués de Sarriá, Comendador de la Zarza en la Orden de Alcántara.

Su retrato, grabado por Besanzón para la *Colección de los Españoles ilustres* que publicó la calografía de la Imprenta Real á fines de la anterior centuria, nos le representa de noble y agraciada

(1) El Sr. D. Cayetano A. de la Barrera, en su *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, obra premiada por la Biblioteca Nacional en el Concurso de 1860.

fisonomía, frente espaciosa, nariz aguileña, boca simpática y expresiva y apuesto continente. Mucho debe tener de la figura del Conde; pues procede del *Teatro heroico-político del gobierno de los Virreyes de Nápoles*, y allí debieron retratarle buenos artistas, cuando contaba treinta y cuatro años.

No conocemos el epitafio que debió ponerse en la sepultura del Conde. Para llenar esta falta, terminaremos copiando el *Elogio* que le consagró *Lope de Vega*, en el *Laurel de Apolo*, seis años después de haber fallecido:

Galicia nunca fértil de Poetas
 Mas sí de casas nobles,
 Ilustres Capitanes y Letrados,
 Por no dexar sus partes imperfectas
 Cual blanca palma entre robustos robles,
 Por donde los cabellos coronados
 De mirto y de verbena,
 El Sil anciano blandamente suena,
 Un Príncipe llamaua
 De Lemos, y del Monte de Helicon,
 Porque juntar pensaua
 Al coronel de perlas
 Del Árbol de las Musas la Corona,
 Y de un círculo solo componerlas,
 Que perlas y laureles juntamente,
 Adornan bien de un gran señor la frente.
 Mas como ya pisaua las Estrellas,
 O le besauan ya las plantas ellas,

Con manto militar, insignia verde
 El claro y siempre amado señor mío,
 Las esperanzas pierde
 Y boluiendose Mar, anega el Río,
 Que entrándose en el llanto de sí mismo
 De Río se hizo Mar, de Mar Abismo
 Y todos juntos, Río, Mar y enojos
 No pueden igualarse con mis ojos.



NOTICIAS CURIOSAS

PARTICULARIDADES Y ANÉCDOTAS RELATIVAS

Á CERVANTES Y AL QUIJOTE

PRIMERA SERIE



EN las obras que alcanzan celebridad y en las vidas de los hombres ilustres, todo es interesante y ameno. La posteridad desea tener conocimiento exacto de los menores detalles, de las más pequeñas aventuras, de lo que parece más insignificante, cuando se relaciona con los genios que la ennoblecen, con sus costumbres y caracteres; y nada quiere ignorar de los elementos que pudieron contribuir á sus inspiraciones y entraron á formar parte de sus obras.

Volúmenes enormes podían llenarse con las anécdotas que se han escrito, verdaderas ó supuestas,